

Una vieja guardia siempre renovada...

Marina Kabat

La Biblioteca Militante se propone poner a disposición del público una serie de obras fundamentales para su formación política. Iniciamos la Colección Historia Argentina con *La vieja guardia sindical y Perón*, un libro clave para entender cómo se construyó la relación entre la clase obrera y el peronismo. La forma en que se piensa este vínculo, por un lado, presupone una mirada sobre la formación previa del sindicalismo en el país y, por otro, da fundamento a planes de acción actuales de cara al movimiento obrero.

Si nuestra política para la clase obrera se ve condicionada por la forma en que entendemos el peronismo, es necesario entonces un conocimiento científico que guíe nuestra acción. Si bien esta necesidad se encuentra presente en todos los ámbitos de la realidad, resulta más acuciante cuando se trata de analizar el fenómeno identificado con el “coronel de los trabajadores”. La fuerza de los distintos prejuicios arraigados en el sentido común, muchas veces reproducidos desde estudios académicos, agudiza la necesidad de difundir las investigaciones más profundas sobre el tema. De ahí la decisión de editar este texto.

Los debates sobre los orígenes del peronismo

Los prejuicios y visiones míticas del peronismo han sido alimentados tanto por el propio peronismo como por sus más feroces detractores. El peronismo se presenta a sí mismo como un fenómeno revolucionario que establece un corte tajante con la realidad anterior. El 17 de octubre sería el momento del nacimiento y en su realización habrían intervenido sólo fuerzas nuevas. Los protagonistas serían los “cabecitas negras”, los migrantes internos que constituirían el principal apoyo de Perón. Los antiguos sindicatos se habrían mantenido al margen de la movilización y habrían sido desbordados por el accionar espontáneo de las bases obreras. Si la jornada contenía algún momento de organización éste habría sido dado por el mismo entorno personal de Perón a través de Eva Duarte. El movimiento obrero que precedió al peronismo es visto como débil, y la clase obrera como incapacitada para luchar. A su vez, se destaca su carácter nacional, frente a los intereses internacionales (cuando no “anti-nacionales”) que habrían guiado a los líderes sindicales previos.

Las interpretaciones antiperonistas también resaltaron los elementos de ruptura. El sociólogo Gino Germani planteó que la sociedad argentina atravesaba, en los '40, un proceso de modernización. La irrupción del peronismo se relacionaría con el desfasaje entre el acelerado ritmo de las transformaciones económicas y aquellas, mucho más lentas, del ámbito cultural y político. Los cambios de la estructura económica habrían generado el éxodo de población de las provincias más tradicionales y atrasadas del interior hacia las ciudades del litoral en proceso de industrialización. Estos migrantes internos conformarían una nueva clase obrera portadora de valores tradicionales. Para Germani, contrastaba radicalmente con la vieja clase obrera de más largo arraigo y origen extranjero. Ésta, proveniente de la vieja Europa, había traído al país su cultura política y las tradiciones socialistas y anarquistas. Los

nuevos migrantes, en cambio, carecerían de tradiciones sindicales y políticas previas. De su procedencia rural Germani deduce que estarían acostumbrados a relaciones paternalistas. En las ciudades, su dificultad para adaptarse al medio urbano y a los acelerados cambios reforzaría su interés por reproducir este tipo de vínculo. De esta manera, estos nuevos contingentes obreros conformarían masas disponibles a la espera de un líder carismático que decidiera instrumentarlas políticamente.

La nueva clase obrera sería refractaria al discurso internacionalista y las prácticas políticas de los viejos sindicatos. Hasta el momento en que Perón como presidente de la Secretaría de Trabajo y Previsión buscara ganar su adhesión, ella no habría sido interpelada positivamente por otros actores sociales. Carente de experiencia política, la nueva clase obrera, de algún modo, se habría arrojado a los brazos del primer candidato que le formulara promesas de amor. Dada su inexperiencia e ingenuidad y el carácter emotivo de la elección, esta entrega era incondicional y la clase obrera perdía con ella todo atisbo de autonomía.

En esta mirada, el grado de disciplinamiento de la clase obrera bajo el peronismo sería casi absoluto, y sólo se vería conmovido cuando se pusieran en acción fracciones de la vieja clase obrera como los trabajadores ferroviarios. Mientras que el poder de negociación del movimiento obrero aparece reducido a su mínima expresión, a la inversa, el rol de Perón se ve agigantado: todo lo ocurrido en el proceso histórico desde el golpe de 1943 sería el producto de su clarividencia y genio político. Como si Perón hubiera podido elegir libremente, sin ningún tipo de condicionamientos, cada uno de sus movimientos.

Inicialmente la visión de Germani tenía a su favor la relativa pasividad con la que los obreros respondieron al derrocamiento del general: a su juicio, carente de iniciativas propias, las masas obreras no habían podido articular una respuesta adecuada al golpe de 1955. Pero, pronto la indiscutible fortaleza que conservan los

sindicatos, que imponen límites a la ofensiva patronal y que promueven por boca de Vandor un “peronismo sin Perón”, empieza a mostrar algunas de las falencias de esta concepción. Son Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero quienes, con la publicación de Estudios sobre los orígenes del peronismo en 1971, dan inicio al debate. Su crítica se dirige, fundamentalmente, contra dos tesis de Germani, a saber: la fractura entre nueva y vieja clase obrera y el carácter emotivo de la adhesión de esta última al peronismo. Murmis y Portantiero señalan que las migraciones internas se producen desde la década del veinte y, por ende, cuando Perón inicia sus intentos de cooptación, los migrantes ya llevaban más de dos lustros viviendo en el ámbito urbano. Este tiempo fue suficiente para que desarrollasen una experiencia en común con la vieja clase obrera durante la década del treinta. En los ‘30 la producción industrial del país crece, pero lo hace sobre la base técnica ya existente. Esto significa que no hay aumentos de la productividad por incorporación tecnológica, sino que se produce más con las mismas máquinas. Las fábricas incorporan más turnos, pero también aceleran los ritmos de trabajo e incrementan la jornada laboral de los obreros que ya empleaban. Este aumento de la intensidad del trabajo se ve favorecido no sólo por la amenaza del desempleo que la crisis cierne sobre los obreros, sino también por la feroz represión acometida por el gobierno dictatorial de Uriburu contra los sindicatos. Por otra parte la sucesión de gobiernos militares con otros que se pretenden democráticos, pero que acceden al poder merced al fraude dan forma a un sistema de exclusión política.

Para la vieja y nueva clase obrera, fundidas en la común experiencia de la explotación y de la exclusión política, el apoyo al peronismo es una opción racional. Por una parte lograrán el acceso a la ciudadanía política y, por otro, una reducción de los niveles de explotación.

Murmis y Portantiero niegan la existencia de una fractura entre vieja y nueva clase refutando la caracterización que Germani hace

de esta última al señalar que los migrantes recientes no lo eran tanto y, por ello, ya tenían una experiencia en común con los viejos obreros. Contribuciones posteriores reforzaron esta línea al cuestionar otras de las cualidades que Germani le había atribuido a la nueva clase obrera. Un elemento importante es que las migraciones no procedían de las zonas marginales del país, sino del litoral donde el agro tiene relaciones plenamente capitalistas. En este sentido, Eduardo Sartelli, en un libro de esta misma editorial, destaca que la procedencia rural no significa ausencia de experiencia sindical.¹ La obra de Sartelli da cuenta de la vigorosa tradición de lucha con la que contaban los obreros rurales. Lejos de las relaciones paternalistas y la inexperiencia política que Germani les atribuía, estos trabajadores protagonizaron multitud de huelgas que siguieron los mismos ciclos que en el ámbito urbano. La organización gremial y el desarrollo de los movimientos reivindicativos estuvieron atravesados en el campo por una disputa programática idéntica a la que se observa en las ciudades, pues se encontraban presentes las mismas tendencias políticas (anarquistas, sindicalistas revolucionarias, etc.) que observamos en el ámbito urbano. De esta manera cuanto más profundo se indaga, más se diluyen las particularidades de la supuesta nueva clase obrera.

Por su parte, también la descripción que Germani hizo de la vieja clase obrera debió ser matizada. Distintos autores dirigieron su mirada hacia la década del treinta y mostraron que muchos elementos que eran considerados novedosos y un producto exclusivo de las nuevas capas trabajadoras que apoyaron a Perón, ya se encontraban presentes con anterioridad. Así, el nacionalismo y el reformismo no eran extraños a las tradiciones sindicales locales. Si bien enfatizar demasiado estos rasgos puede conducirnos a una lectura teleológica de la historia, es posible concluir que tampoco la visión germaniana de la vieja clase obrera puede sortear airosa un examen

¹Sartelli, Eduardo: *La sal de la tierra, Clase y lucha de clases en el agro pampeano (1870-1940)*, Ediciones ryr, Buenos Aires, 2011.

más detenido. En resumen, ni la vieja ni la nueva clase obrera responden a las características que Germani les adjudicaba.

La vieja guardia sindical y Perón

Tanto en el relato canónico que el peronismo construyó de sí mismo como en la versión original de las tesis de Germani, las organizaciones gremiales preexistentes no habían cumplido ningún rol en el ascenso de Perón al poder. Sin embargo, como lo destacaron Murmis y Portantiero, la vieja guardia sindical, aquella que dirigía el movimiento obrero hacia 1943, constituyó uno de los primeros apoyos que Perón recibió. Juan Carlos Torre reconstruye la historia de ese vínculo, desde los primeros intentos de acercamiento a los dirigentes sindicales por parte de la Secretaría de Trabajo y Previsión, hasta la disolución del Partido Laborista, la organización creada por la vieja guardia sindical para apoyar la candidatura de Perón en las elecciones de 1946 y que pretendía tener una gravedad importante y duradera en la vida política del país.

Es una equivocación frecuente entre los estudiosos del movimiento obrero asimilar directamente las organizaciones sindicales con sus bases. Torre no comete este error, por el contrario, analiza en cada momento el accionar de las bases. De esta manera, si bien el foco se encuentra en la vieja guardia sindical, es decir en las direcciones sindicales, su libro ilumina la cambiante relación de ésta, Perón y las masas obreras.

En un primer momento era natural que Perón acudiera a la vieja guardia sindical para organizar la movilización de las masas. Es importante recordar que no nos encontramos frente a pequeños y débiles gremios de oficio sino a sindicatos por rama, algunos de ellos bastante poderosos, como el caso de telefónicos, ferroviarios o empleados de comercio. Perón todavía es desconocido entre las bases obreras y depende de los sindicatos existentes para llegar a ellas. Por su parte, los sindicatos reciben con cautela los ofrecimientos

que Perón les realiza desde la STyP y si bien aprovechan los recursos que éste pone a su disposición, se guardan de organizar grandes actos en su apoyo. Es sintomático que en ocasión de su primer aniversario, la STyP organiza un evento a donde acuden los dirigentes sindicales, pero no lo hacen acompañados de grupos importantes de trabajadores. Con lo cual, a pesar de los esfuerzos publicitarios, Perón se encuentra ante una audiencia sumamente reducida. Queda claro que en esta primera etapa quien detenta el poder de movilización es la vieja guardia.

Otra virtud de la obra de Torre es que escapa de las miradas teleológicas y a la vez personalistas del período. Así demuestra que el peronismo no estaba preconfigurado en la mente estratégica de Perón, sino que él debió modificar su proyecto original de acuerdo a los condicionamientos que la coyuntura le imponía. En sus planes originales, los sindicatos debían ser sólo uno de sus apoyos, que sería contrabalanceado por otros sectores políticos, así como por las corporaciones empresariales. Sin embargo, Perón no recoge las adhesiones que esperaba (por ejemplo, no logra sumar al Sabattinismo a su proyecto) con lo que pasa a depender cada vez más de las organizaciones gremiales. Esto lo fuerza a mayores concesiones que, a su turno, terminan cercenando el apoyo que podía tener entre las corporaciones patronales.

El 17 de octubre constituye un punto central de la reconstrucción histórica que Juan Carlos Torre realiza. En la visión tradicional, la movilización habría desbordado a una CGT renuente a manifestarse a favor de la libertad de Perón. Torre realiza un análisis minucioso de las deliberaciones del organismo gremial (a partir de la consulta de las actas que no habían estado disponibles con anterioridad) y demuestra cómo toda la sucesión de hechos se articula en torno a lo que la CGT decide. Esta centralización política explíca la sincronicidad de la movilización.

Mientras que Torre restituye el papel que le cupo a la vieja guardia en la gestación del 17 de octubre, redimensiona también el rol

jugado por Perón y su entorno. Las fuentes consultadas, muestran a Perón abatido y a Eva Duarte preocupada por el futuro de su vida personal. De esta manera el 17 de octubre la suerte política de Perón depende plenamente de lo que decidan los sindicatos. Su accionar, contará a su vez con el apoyo de los partidarios de Perón que habían sobrevivido a las purgas del gobierno. Esto evita que la manifestación obrera fuera reprimida en sus inicios cuando hubiera sido fácilmente dispersada.

Inmediatamente después del 17 de octubre, la situación comienza a revertirse. Como se observa en la campaña electoral, Perón adquiere una capacidad de movilización propia, que opaca a la de los viejos dirigentes sindicales. Sin embargo, antes de las elecciones de octubre de 1946 la vieja guardia sindical conserva un margen de autonomía relativamente importante que se manifiesta, entre otros hechos, en el armado del Partido Laborista del cual Perón es sólo “el primer afiliado” y no su presidente. Las dificultades con las que choca Perón a la hora de construir un armado político mayor mantienen ciertas condiciones favorables para las pretensiones de autonomía de la vieja guardia. Pero una vez realizadas las elecciones, las relaciones de fuerza se vuelven definitivamente a favor de Perón, quien procede a disolver al Partido Laborista. A pesar del fracaso de su proyecto, la vieja guardia sindical dejará su sello en el peronismo. A diferencia de Brasil donde el desarrollo del movimiento obrero previo a Vargas era mucho más incipiente, los sindicatos en la Argentina conformarán la columna vertebral del peronismo y su peso condicionará toda esta experiencia política.

Otra vuelta de tuerca, los nuevos -viejos- debates y la vigencia de La vieja guardia

Coincidente con el retorno del peronismo al poder, a partir de los '90 los estudios sobre la temática experimentan una nueva deriva. La visión revisionista construida en base a los aportes de Murmis Portantiero y Juan Carlos Torre es considerada una nueva ortodoxia y ciertos autores emprenden una restitución de diversos aspectos de las tesis germanianas.

Es el caso de James, cuyo libro *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*, tiene gran repercusión en la historiografía argentina. Para James la explicación que Murmis y Portantiero proponen de la adhesión obrera al peronismo resulta economicista. A su juicio, los planteos de Juan Carlos Torre al enfatizar la racionalidad política serían más amplios, pero aun así insuficientes. Para James, la adhesión obrera no responde a una lógica económica ni política, sino principalmente, tal como lo planteara Germani, a factores emotivos. Para lograr su restitución esta tesis, tan ampliamente criticada años anteriores, requería de una metamorfosis substantiva. El empleo de nociones provenientes del campo del marxismo jugó un rol importante en este sentido.

A nuestro juicio, James confunde las jerarquías de las distintas determinaciones de los procesos históricos. Es cierto que el elemento subjetivo juega un rol en el devenir social y en el comportamiento de las clases sociales, sin embargo se encuentra anclado en elementos estructurales. De alguna manera el éxito del texto de James refleja una inquietud que unía ante el menemismo a un amplio espectro político y que puede resumirse en la pregunta ¿cómo los obreros seguían apoyando a un gobierno de tinte peronista que los sumía en la pobreza? Observando una foto aislada de aquellos años de derrota política parecía que este sentimiento peronista era imprecedero y que no requería una base económica para sustentarse. El proceso histórico posterior mostró que esto era una falacia: frente a la crisis de la descomposición del sistema de asistencia montado en torno a las manzaneras, surge el movimiento desocupado donde

la izquierda tiene un veloz crecimiento. Otra prueba de que la adhesión al peronismo no resistiría los vaivenes de la situación económica son las movilizaciones realizadas en el 2001-2002 bajo la consigna de “que se vayan todos” que no sólo logran la renuncia del radical De la Rúa, sino también la del justicialista Rodríguez Saa.

El peronismo constituyó una experiencia reformista sumamente exitosa. Las masas no abandonan una experiencia de este tipo hasta que ésta muestra su agotamiento. Esto explica tanto el arraigo que ha tenido el peronismo en la clase obrera argentina, como la tendencia a la ruptura de este vínculo en la última década. Si el kirchnerismo pudo recomponer parcialmente ese lazo es porque, en un contexto económico favorable, reeditó una versión devaluada de esa experiencia reformista. Pero no existe un apego emocional e irracional que pueda sobrevivir a la eventual quiebra de dicha experiencia.

Finalmente, dentro de los giros del debate sobre los orígenes del peronismo, en los últimos años podemos observar también una tendencia a volver a resaltar los elementos de ruptura presentes en el peronismo. Esto en parte puede explicarse como una reacción frente a textos que sobredimensionaban los elementos de continuidad creando una interpretación donde el peronismo aparecía como un hecho inexorable. Esta visión fue criticada por Torre en el prólogo a la segunda edición del libro que aquí presentamos donde afirma la necesidad de “evitar la trampa de la historia determinista, para la cual el pasado es apenas el prólogo a la realización del presente actual”.² Precisamente, como ya lo señalamos, el análisis que Torre hace de la coyuntura histórica le permite escapar de este peligro. Sin embargo, muchos de los que cuestionaron esta visión teleológica, lo hacen desde otro punto de vista: el de la recuperación de las tesis germanianas, donde vieja y nueva clase obrera se muestran como dos grupos completamente contrapuestos. Quizás

²Torre, Juan Carlos: *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, EDUNTREF, Buenos Aires, 2006, p. 12.

el caso más paradigmático sea el de Di Tella quien intenta comparar los miembros de las comisiones directivas de los sindicatos antes y después de 1946, buscando demostrar la discontinuidad de las direcciones gremiales. Por otra parte analiza la historia de distintos sindicatos distinguiendo entre gremios calificados y descalificados. Con ello retoma la tesis germaniana según la cual la vieja clase obrera pertenece a actividades más artesanales y calificadas donde el obrero mantiene el control de su trabajo. En cambio, los nuevos trabajadores se insertarían en actividades fabriles donde carecerían de autonomía. Tanto para Germani como para Di Tella esta característica del ámbito laboral tendría una traducción directa en el plano político, pues los obreros calificados serían quienes, a diferencia de los obreros fabriles, defenderían su autonomía frente a la ingerencia política del estado. Por una parte, nada hay que justifique esta correlación entre calificaciones laborales y conducta política, asociación que, además, es desmentida por estudios más específicos.³ En cuanto a la continuidad de las direcciones, Di Tella se limita a tomar dos fotos y contrastarlas, borrando el proceso histórico que las une. En este sentido, pese a todos sus aportes empíricos, la obra de Di Tella retrocede respecto de la comprensión del período antes alcanzada.

Lo mismo ocurre con otras publicaciones recientes que, sin un apoyo semejante en una investigación de tal sistematicidad, cuestionan una supuesta “normalización” del peronismo que creen ver en la obra de Juan Carlos Torre.⁴ Esta normalización estaría dada –entre otros aspectos- por el borramiento de lo que para los autores constituye el elemento disruptivo central del peronismo, a saber,

³Para el caso de los obreros del calzado, que Di Tella ve como paradigmático, ver Kabat, Marina: *Auge y declive de la fabricación nacional del calzado (1940-1960)*, Tesis doctoral, FFyL, donde se muestra el carácter fabril del empleo en la rama y el predominio del trabajo descalificado en la misma.

⁴Acha, Omar y Nicolás Quiroga: “La normalización del primer peronismo en la historiografía argentina reciente”, en *EIAL*, vol. 20:2, 2009.

la aparición del “otro” en la escena pública, es decir la irrupción de los “cabecitas negras”. Como bien señala Juan Carlos Torre en este libro, una presencia similar tuvieron los sectores populares en el Brasil de Vargas, sin embargo, esto no dio lugar a un fenómeno equiparable al peronismo, que subsistiera a la presencia del líder en el poder. La diferencia radica en que en el caso argentino el movimiento obrero organizado logra una gravitación política que su par brasileño nunca tuvo. Juan Carlos Torre explica la trama que conduce a este resultado. Por ello, cuando los estudios del peronismo parecen polarizarse entre las lecturas teleológicas del pasado y aquellas que desestiman todo rasgo de continuidad, la reedición de su obra es crucial para superar ambas falacias y recuperar la dialéctica del proceso histórico que da lugar a la constitución del peronismo en la Argentina. En el fondo, el debate es absurdo: el peronismo es una novedad y no lo es. Como todo objeto histórico. Casi se diría que la “joven” historiografía tiene mucho que aprender, todavía, de una “vieja guardia” intelectual siempre renovada. Esperamos sepa el lector apreciar la importancia de un texto que constituye una pequeña joya del análisis social.